

La gran
mentira de
la economía
Gonzalo
Bernardos



Y por qué el futuro
será mejor que el pasado
a pesar de todo

Gonzalo Bernardos

La gran mentira
de la economía

Y por qué el futuro será mejor
que el pasado a pesar de todo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Gonzalo Bernardos, 2014

© Ediciones Destino, S. A., 2014
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2014

ISBN: 978-84-233-4815-2
Depósito legal: B. 8.834-2014
Impreso por Cayfosa
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

PRÓLOGO	11
¿POR QUÉ ESTE LIBRO?	17
PRIMERA PARTE	
EL DESPRESTIGIO DE LOS ECONOMISTAS	21
1. ¿Por qué los economistas tenemos mala fama? . . .	23
SEGUNDA PARTE	
LOS ERRORES DE LOS ECONOMISTAS:	
PRINCIPALES CAUSAS	39
2. Una excesiva pasión por el dinero	43
3. Una utilización inadecuada de la ideología política .	91
4. Una falsa prudencia	119
5. El futuro es una repetición del pasado	143
6. El desprecio u olvido de los costes sociales	183
TERCERA PARTE	
LA RECONCILIACIÓN DE LOS ECONOMISTAS	
CON LOS CIUDADANOS	223
7. Un nuevo modelo de capitalismo: ¿cómo y cuándo?	227
BIBLIOGRAFÍA	253

¿POR QUÉ LOS ECONOMISTAS TENEMOS MALA FAMA?

LA CRISIS ACTUAL: UNA FUENTE DE DESPRESTIGIO PARA LA PROFESIÓN

Entre los ciudadanos, los economistas tenemos muy mala fama. Es totalmente merecida después de seis años de recesión o estancamiento económico en numerosos países desarrollados. Prácticamente nadie fue capaz de predecir esta crisis, a pesar de que ahora casi toda la profesión considera obvio que entre 2004 y 2007 la economía mundial era una bomba de relojería, debido a la elevada especulación existente en múltiples mercados.

En dicho período, el precio de la vivienda aumentó espectacularmente en diversas naciones, las principales Bolsas del mundo registraron importantes revalorizaciones y numerosas materias primas alcanzaron valores jamás vistos con anterioridad. El mismo fenómeno que hoy es considerado de forma prácticamente unánime como una sucesión de burbujas especulativas, durante la fase expansiva previa fue advertido mayoritariamente como un crecimiento sostenible de los precios de diferentes activos y productos. No es la primera vez que esto sucede y probablemente tampoco será la última. En otras grandes y largas crisis, como las que tuvieron lugar en Estados Unidos durante la década de 1930 o en Japón en la de 1990, el punto de vista de la profesión, antes y después de la llegada de la recesión, también cambió completamente.

No obstante, en este momento, la escasa reputación de los economistas no es únicamente consecuencia de nuestra exigua capacidad de predicción, sino también de la incompetencia de numerosos analistas a la hora de proponer salidas de la crisis que no causen graves perjuicios a los ciudadanos. Así, para solventar los problemas actuales del primer mundo, un número significativo de políticos y economistas considera inevitable la adopción de medidas que conducen a corto plazo a la reducción del nivel de vida de la población (principalmente mediante disminución de salarios, aumentos de impuestos y reducción de prestaciones sociales) y a una creciente desigualdad en la distribución de la renta. Dadas sus considerables repercusiones directas e indirectas sobre el bienestar de las familias, dichas soluciones adquieren un carácter traumático y generan un amplio rechazo social, lo cual contribuye decisivamente a desprestigiar a la profesión.

La ineptitud de algunos de ellos, junto con las probablemente perversas intenciones de otros, ha llevado a la Unión Monetaria Europea (UME) a incentivar la reducción del gasto (especialmente el público) para intentar solucionar una crisis provocada por la falta de demanda. Es el remedio que también propone el Partido Republicano y sus ideólogos económicos para Estados Unidos. En contextos equivalentes al actual, unas medidas similares a las propuestas nunca han dado buenos resultados ni a corto ni a medio plazo a ningún país que las haya ejecutado.

Desde mi punto de vista, basado en el estudio de la historia y la teoría económicas, la política que acabamos de describir supone un verdadero disparate. En un marco en que la producción es superior al gasto, la reducción de éste conllevará inicialmente la disminución del empleo, los salarios de los trabajadores, los beneficios de las compañías y los ingresos de las Administraciones Públicas. Por tanto, dará lugar a un menor consumo de las familias, una inversión de las empresas inferior y, si se pretende controlar el déficit fiscal, una disminución del gasto público. En definitiva, comportará una re-

ducción de la demanda agregada que agravará la recesión y producirá un auténtico círculo vicioso.

A pesar de ello, los que respaldan dichas medidas definen con fervor, habilidad y gran resonancia mediática la opinión de que la austeridad es la solución a la crisis actual. Unos lo hacen porque verdaderamente lo creen así y otros porque les interesa para sus propósitos personales o profesionales. Dentro de este último grupo, la mayoría se decanta por esta política económica porque la considera la mejor opción de futuro para los *lobbies* que los apoyan o una parte fundamental de sus votantes (por ejemplo, en el caso del Partido Republicano, las familias con rentas más altas y los empresarios). Así, piensan que a ambos colectivos les conviene dar ahora un paso hacia atrás para posteriormente dar tres o cuatro hacia adelante, ya que las nuevas reglas económicas que la crisis ayudará a establecer les proporcionarán a medio plazo un aumento sustancial de sus rentas y beneficios.

Para justificar ante los ciudadanos los decepcionantes resultados logrados por la política de austeridad, sus defensores han elaborado una magnífica estrategia de comunicación. Ésta tiene principalmente dos objetivos: crear un complejo de culpa en la población e infundirle miedo e inseguridad. Por un lado, apelan a nuestro sentido común para intentar convencernos de que somos los principales culpables de la crisis; nos quieren hacer creer que la disminución de nuestro nivel de vida es la penitencia que debemos pagar por el derroche en que incurrieron familias y empresas (el pecado cometido) en la etapa de bonanza. Por otro, pretenden persuadirnos de que la nación, si ahora va mal, irá peor en caso de que apoyemos electoralmente una propuesta económica diferente a la suya. Nos insisten en que, en el contexto actual, la contención del gasto es la única alternativa de que disponemos para conseguir una recuperación económica sólida. Así, por ejemplo, a Jens Weidmann (presidente del Bundesbank) le gusta decir que «si hoy no hay austeridad, mañana no habrá crecimiento». Sin duda, una frase que encierra toda una amenaza.

Por último, nos repiten constantemente que otras opciones, aunque fueran menos lesivas a corto plazo, serían a la larga completamente perjudiciales para el país. Éste es el argumento que utilizan para renegar de la política basada en la combinación de un incremento considerable de la demanda del sector público y un gran aumento del dinero en circulación. A pesar de que dicha política económica tuvo un gran éxito en Estados Unidos durante los años treinta, la consideran totalmente inadecuada en la actualidad. Según ellos, la elevada inflación que generaría, unida al aumento de los tipos de interés de la deuda pública y a la expulsión de la inversión privada, haría de ella una opción totalmente disparatada.

En economía, el uso del sentido común suele ser conveniente. No obstante, a veces éste engaña y, por tanto, en algunas ocasiones guiarse por él puede ser contraproducente. Las cuestiones económicas no son siempre, ni mucho menos, lo que parecen, con lo que una gran parte de la población puede confundir la apariencia con la realidad. Así, aunque numerosos ciudadanos están convencidos de ello, el sufrimiento padecido por un país durante una crisis no está estrechamente relacionado con la magnitud de los errores cometidos anteriormente por sus habitantes y sus Gobiernos. Por idéntico motivo, aun siendo una creencia muy popular, las fases recesivas no tienen necesariamente una duración similar a la de las etapas previas de expansión. Debido a ello, una contracción del PIB inicialmente pequeña y breve puede convertirse en una crisis profunda y larga, si las autoridades adoptan medidas equivocadas o incluso si deciden no llevar a cabo ninguna actuación especial. Asimismo, un previsible cataclismo económico puede transformarse únicamente en una corta recesión si el Gobierno actúa con celeridad y acierta con la política adoptada.

Un tratamiento magnífico para solventar las crisis consta de dos fases: la primera comportaría la realización de un rápido y preciso diagnóstico de sus causas y consecuencias; la segunda implicaría una veloz implementación de las solucio-

nes más adecuadas. Aunque las medidas adoptadas fueran las apropiadas, en ciertas ocasiones la curación de las dolencias económicas del país podría ser más lenta de lo inicialmente esperado. No obstante, sí debería ser progresiva: la nación enferma debería estar cada vez mejor, en lugar de peor. Increíblemente, en el conjunto de la UME, pero sobre todo en los denominados PIIGS (Portugal, Italia, Irlanda, Grecia y España), ha sucedido inicialmente todo lo contrario. Una auténtica paradoja, en especial cuando tres de ellos (Grecia, Portugal e Irlanda) han tenido que ser rescatados (en España sólo ha sido ayudado el sector bancario). En contra de lo que su nombre sugiere, el rescate no ha sido una panacea, sino una verdadera maldición, fundamentalmente para los dos primeros países.

Así las cosas, si finalmente la austeridad es considerada una solución a la crisis y no un problema añadido, el modelo de capitalismo financiero causante de la crisis actual no saldrá derrotado ni denostado, sino fortalecido. Sin duda, ello supondrá una gran contradicción y probablemente dentro de unos años conllevará en algunos países considerables repercusiones políticas y sociales. Entre ellas, dada la cada vez más desigual distribución de la renta propiciada por dicho modelo, no sería descartable un gran auge electoral de las formaciones de la izquierda radical y la vuelta de la lucha de clases al primer plano del debate político.

UN EJEMPLO DE INCOMPETENCIA:

LA SITUACIÓN ACTUAL DE LOS PIIGS

Los principales culpables de la situación actual de los PIIGS son los médicos, la familia y la mala cabeza de sus dirigentes. Los *facultativos* son la denominada Troika: el Banco Central Europeo (BCE), la Comisión Europea (CE) y el Fondo Monetario Internacional (FMI). Cuando las naciones enfermas han acudido a ellos, en lugar de recetarles los antibióticos adecua-

dos, algunas veces no les han suministrado nada, otras una simple aspirina y, en ocasiones, veneno. A mi juicio, lo han hecho así por ignorancia económica, por favorecer los intereses de determinados países que tienen una gran influencia en dichas instituciones (por ejemplo, Alemania) o para generar en ellos una catarsis que desencadene una completa transformación de su modelo de desarrollo. Ahora bien, tampoco cabe descartar que dicho tratamiento tuviera como objetivo hacer escarmentar a esos países.

En este último caso, la intención sería dar a los PIIGS una lección que difícilmente olvidarían. El castigo no sólo iría dirigido a sus políticos, sino al conjunto de la población y trataría de evitar que en el futuro sus ciudadanos vivieran muy por encima de sus posibilidades. Pretendería concienciarles de que el derroche (el gasto excesivo) de ayer es la causa de la pobreza y la miseria de hoy. Aunque probablemente un gran número de personas estaría de acuerdo con el objetivo perseguido, la mayoría rechazaría el método utilizado. A mi modo de ver, éste es parecido al empleado en educación por los antiguos maestros, perfectamente sintetizado en el lema: «la letra con sangre entra». Un método que nunca tuvo éxito en el pasado y es absolutamente repudiado en la actualidad.

La familia son los restantes países que componen la UME. Aunque la Unión jamás ha estado bien avenida, en los últimos tiempos han sido más frecuentes que nunca las discusiones entre sus miembros, así como los errores cometidos en la gestión del negocio compartido. Entre ellos cabe destacar la falta de un proyecto común en relación con los Estados Unidos de Europa, la desesperante lentitud en la toma de cualquier decisión importante (por ejemplo, la puesta en marcha de la Unión Bancaria) y la equivocada creencia por parte de las naciones del norte de que su nivel de crecimiento económico no quedaría seriamente afectado por un larga e intensa recesión en las del sur. Dicha convicción hizo que inicialmente las primeras contemplaran con bastante indiferencia la intensificación de la crisis observada en las segundas, un aspect-

to que ha contribuido decisivamente a dificultar la salida de la crisis en el conjunto de la UME.

Durante el ejercicio de 2013, una parte sustancial de los analistas que sostenían esta creencia han reconocido implícitamente su error. Indudablemente, más vale tarde que nunca. El aspecto clave para su cambio de posición fue la evolución desfavorable del PIB alemán durante el cuarto trimestre de 2012 (la caída intertrimestral fue del 0,6 por ciento), así como las decepcionantes perspectivas para el año siguiente (el incremento anual inicialmente previsto por el Bundesbank era sólo del 0,4 por ciento). Ambos datos han sido interpretados por un elevado número de economistas como una muestra verosímil de que en la UME nadie es inmune a una gran crisis de los países de la Europa del Sur, ni tan siquiera la competitiva Alemania.

No obstante, esta percepción no ha provocado el cambio esperado en la zona euro. Así, aunque el BCE ha realizado durante 2013 una política monetaria más expansiva, ésta ha sido excesivamente prudente (aunque existan a corto plazo más expectativas de deflación que de elevada inflación) e insuficiente para generar un aumento robusto del PIB de la UME. En relación con los déficits públicos, la Comisión Europea, siguiendo el criterio de Alemania, únicamente ha permitido un pequeño déficit adicional a los países cuya economía estaba en recesión a finales de 2012. Por tanto, aunque los datos son claros, Angela Merkel y sus asesores continúan creyendo que la austeridad es una política adecuada para el momento actual. Sin duda, un gran problema para el presente y el futuro de la eurozona.

En los últimos años, la mayoría de los gobernantes de los PIIGS ha desempeñado una gestión desafortunada, la cual ha sido parcialmente responsable de la situación actual de estos países. Su mala cabeza hizo que minimizaran la magnitud de los problemas que afectaban a sus países. Ni durante la etapa de bonanza contemplaron las previsibles dificultades que en el futuro podía conllevar la continuidad de su inadecuado

modelo económico, ni se dieron cuenta con prontitud del alcance y las características de la crisis que se les venía encima.

En los momentos iniciales de la denominada Gran Recesión, creyeron que ésta sería una contracción económica únicamente un poco más intensa que alguna de las otras que habían padecido durante las últimas décadas, pero ni mucho más profunda ni más larga que aquéllas. De forma clara, infravaloraron la repercusión que tendría sobre la solvencia del sector bancario y el flujo de crédito a familias y empresas. Tampoco tuvieron en consideración sus efectos nocivos sobre el déficit público y la capacidad de financiación de sus Estados, en el marco de una UME donde ninguno de sus integrantes dispone de un banco central propio (el BCE es compartido por todas las naciones que forman la zona euro).

La inadecuada percepción de las características de la crisis, junto con la consecución de determinados objetivos políticos a corto plazo, condujo en un primer momento a los dirigentes de los Estados afectados a rehuir la adopción de casi cualquier medida drástica e impopular. Ofreciendo a su población una imagen de serenidad y tranquilidad, pretendían transmitir de forma explícita y también subliminal que nada especialmente grave ni excepcional estaba sucediendo en sus países. Dicha actitud estaba fundamentada principalmente en dos motivos: la intención de frenar a toda costa la pérdida de apoyo electoral y la esperanza de una rápida solución de los problemas económicos que afectaban a sus naciones. El primer aspecto descartaba la realización de un número sustancial de políticas que inquietaran o enfadaran a los ciudadanos, dado que una de las prioridades de la acción gubernamental era conservar en la mayor medida posible la popularidad de sus dirigentes entre la población. El segundo se basaba en el convencimiento de una salida rápida de la crisis, ya fuera porque ésta prácticamente desapareciera por sí sola o porque lo hiciera gracias a la ayuda internacional.

La solución automática pasaba por lograr un gran incremento de las exportaciones. Dicho aumento pensaban que

vendría dado por la puesta en marcha del denominado «efecto locomotora» por parte de los restantes países de la UME, así como por la depreciación del euro respecto a las principales monedas mundiales. El auxilio exterior era considerado por la mayoría de los gobernantes de los PIIGS como una posibilidad remota. Si finalmente el país necesitaba dicho auxilio, estaban convencidos de que consistiría en la concesión de un importante volumen de préstamos, sin apenas condicionalidad, por parte de otras naciones y algunos organismos internacionales. Dadas sus escasas contrapartidas, dichos créditos constituirían un magnífico instrumento para impulsar de forma rápida el PIB.

En el inicio de la Gran Recesión, las razones anteriormente expuestas hicieron que los dirigentes de los PIIGS fueran incapaces de imponer a la población una estricta dieta, a pesar de que la mayoría de sus naciones vivían muy por encima de sus posibilidades. Por iniciativa propia, el sector privado se apretó un poco el cinturón; sin embargo, la Administración continuó gastando como si nada importante hubiera sucedido. De forma sorprendente, sus gobernantes no tuvieron en cuenta la repercusión de la caída de la actividad económica sobre la recaudación tributaria, lo que tuvo como consecuencia un nivel de déficit público en 2009 superior al 10 por ciento en cuatro de las naciones del quinteto (la excepción fue Italia, que sólo tuvo un 5,4 por ciento). Los mismos motivos hicieron que tampoco se considerara necesario realizar rápidamente importantes reformas estructurales que transformaran el modelo de crecimiento económico de estos países y permitieran la sustitución a corto plazo de la demanda interna por la externa como principal impulsor del PIB.

Por tanto, en la etapa inicial de la crisis, los dirigentes de los PIIGS consideraron totalmente innecesario un profundo cambio de orientación de la política económica desarrollada hasta el momento. Indudablemente, no estuvieron acertados ni en sus previsiones ni en sus actuaciones. Por acción u omisión, en lugar de ayudar a sus países a salir de la crisis, contribuyeron decisivamente a que en ellos ésta fuera más intensa.

En 2014, algunos de estos países pueden alcanzar tasas de crecimiento anuales superiores al 1 por ciento. Si así sucede, es muy probable que los partidarios de la austeridad lo consideren un gran logro y una muestra de la eficacia de las medidas adoptadas, a pesar de que, si hay creación de empleo, ésta será escasamente significativa. Evidentemente, tal logro no será real, ya que en dicho año los ciudadanos de los PIIGS continuarán teniendo un nivel de vida significativamente inferior al del 2007 (el ejercicio previo a la crisis). La única mejora consistirá en que, después de seis años horribles, el país habrá dejado de empeorar. Sin duda, un mérito escasamente relevante.

UNA NUEVA ENFERMEDAD: EL PESIMISMO ECONÓMICO

En la actualidad, tengo la impresión de que un elevado porcentaje de la población de los PIIGS considera la economía una ciencia lúgubre. Es la conclusión a la que he llegado después de interpretar los factores que acabo de presentar y diversas encuestas de opinión efectuadas en dichos países. A simple vista, probablemente sea un calificativo adecuado y merecido, teniendo en cuenta el elevado aumento del paro y el gran incremento de la pobreza registrados en ellos durante los seis últimos años. No obstante, es considerablemente injusto, si se analiza la evolución a largo plazo del nivel de vida de sus habitantes, o de los de casi cualquier otra nación (véase el capítulo 7).

Indiscutiblemente, su percepción negativa e injustificada de la economía como ciencia está relacionada con el pasado reciente y el presente de dichos países, pero también con la propagación en ellos de una nueva enfermedad: el pesimismo económico. A mi juicio, ambos motivos están haciendo que cualquier tema relacionado con la economía genere entre la población un creciente sentimiento de impotencia, rechazo e incluso hartazgo.

De impotencia porque un gran número de los habitantes de estos países tiene la convicción de que, a diferencia de

otras disciplinas científicas como la medicina, la física o la química, la economía no progresa, sino que retrocede. En consecuencia, piensan que es incapaz de proporcionarles casi ningún tipo de satisfacción, pero sí numerosos disgustos. De rechazo porque temen que cualquier nueva medida implantada perjudique su nivel de bienestar. El pesimismo es tan considerable que la mayoría ya no espera de su Gobierno soluciones adecuadas para sus problemas, sino más leyes que agraven los que ya tienen o produzcan otros. De hartazgo porque cada vez existe un número mayor de ciudadanos que prefiere desconocer las noticias económicas del día. Creen que casi todas serán malas y que, si las saben, padecerán más de lo que actualmente ya lo hacen. En el fondo, piensan que en el momento actual la ignorancia les hará menos infelices.

Esta decepcionante visión del futuro es parcialmente compartida por el conjunto de los ciudadanos del primer mundo. Aunque de forma desigual entre los países, la añoranza del pasado reciente y la desolación respecto al porvenir han calado hondo entre la población. En un gran número de naciones, las encuestas de opinión muestran que una proporción significativa de sus habitantes piensa que casi nada volverá a ser como antes. Tienen dudas sobre si llegarán a recuperar el poder adquisitivo perdido durante la crisis y, especialmente, sobre si volverán a gozar del nivel de prestaciones sociales del que disfrutaban antes de la llegada de la Gran Recesión. Así, un porcentaje cada vez mayor de la población de la UME piensa que una parte sustancial del denominado Estado del Bienestar irá desapareciendo progresivamente, a ritmo lento en algunas naciones y rápido en otras.

UNA PROMESA INCREÍBLE:

LA ENTRADA EN EL PARAÍSO ECONÓMICO

Con la finalidad de proporcionar a los ciudadanos un halo de optimismo que contrarreste el pesimismo que de forma cre-

ciente los invade, para transmitirles el mensaje de que los sacrificios realizados no habrán sido en vano o simplemente porque así lo creen, un número considerable de políticos oficialistas y economistas ortodoxos han hecho de forma subliminal a la población de la UME, pero especialmente a la de los PIIGS, una fantástica y maravillosa promesa: la entrada en el paraíso económico. Éste sería el premio que a largo plazo conseguirían si sus Gobiernos continuasen aplicando la política actual, pues, una vez expiados los pecados cometidos durante la última etapa de bonanza económica, habrán alcanzado la virtud.

No obstante, de forma increíble según mi parecer, no les detallan cómo ni cuándo lograrán acceder a ese paraíso, ni tampoco les especifican sus características concretas. Les piden simplemente que tengan fe, pero no en Dios, sino en los recortes. En consecuencia, estimo que dichos políticos y economistas consideran que la austeridad es algo más que una determinada política; probablemente sea para ellos lo más parecido a una religión económica.

Indiscutiblemente, este último aspecto permitiría explicar de forma más racional la tozudez y perseverancia de algunos dirigentes en aplicar sus recetas en cualquier caso y a expensas de lo que sea, a pesar del fracaso que han supuesto hasta el momento. Así, en los dos últimos ejercicios, el nivel de intensidad y profundidad de la crisis en la zona euro ha sido superior al observado durante los dos anteriores. A diferencia de 2010 y 2011, en que el PIB de la UME aumentó en un 2 por ciento y un 1,6 por ciento respectivamente, en 2012 disminuyó en un 0,7 por ciento y en 2013 la expectativa es que lo haga en un 0,5 por ciento.

Según diferentes encuestas de opinión, la tentadora promesa hecha a los ciudadanos de los países desarrollados no ha surtido efecto, ya que la mayoría de ellos no ha creído en el idílico futuro prometido por los defensores de la ortodoxia económica. A mi modo de ver, los principales motivos son tres. En primer lugar, un gran número de ellos no creen que

haya un paraíso económico. Si no pensaban que existiera a principios de la década de 1970, después de más de veinte años de crecimiento ininterrumpido en algunos países, difícilmente lo harán ahora, debido a una coyuntura adversa, el creciente desprestigio de los políticos y la desconfianza que les inspiran los economistas.

En segundo lugar, muchos piensan que si hubiera un paraíso, no tendrían ninguna posibilidad de entrar en él, ya que el acceso le estaría vedado a su clase social. Finalmente, son numerosos los que recelan de las virtudes de la austeridad como futuro motor de desarrollo económico. La practican ahora porque no les queda más remedio, pero no por convencimiento. A diferencia de algunos políticos y economistas, la mayoría de la población no tiene una fe ciega en los recortes.

¿POR QUÉ LOS CIUDADANOS ACEPTAN LA CRISIS CON RESIGNACIÓN?

A pesar de la elevada duración del actual período de recesión o estancamiento y el incierto porvenir, la mayoría de los ciudadanos del primer mundo, para sorpresa de numerosos analistas políticos, han aceptado con bastante resignación las diferentes repercusiones económicas y sociales de la crisis. Esta situación es especialmente llamativa en los PIIGS, cuya población en los últimos tiempos ha derramado litros y litros de sangre, sudor y lágrimas, y ya no le queda casi nada por verter. No pueden confiar ni siquiera en un futuro esplendoroso, dado que entre la profesión (algunos economistas ortodoxos serían la excepción) cada vez existe un mayor consenso respecto a que, tanto si el PIB de estos países vuelve a crecer en los próximos ejercicios de forma continua como si crece de forma discontinua, la mayoría de sus habitantes vivirá en la segunda mitad de la década actual peor que en los primeros años del siglo XXI.

Dicha resignación es la que probablemente explica por qué en estos países no se ha producido hasta el momento un estallido social (al estilo del ocurrido en Argentina en diciembre de 2001) ni se han activado diferentes mecanismos democráticos para sustituir a la actual clase dirigente. Desde mi punto de vista, la inmensa paciencia demostrada por sus habitantes vendría explicada principalmente por tres factores: la convicción de los ciudadanos de que no hay líderes políticos sustancialmente mejores que los actuales, la falta de propuestas económicas factibles alternativas a la actual política de austeridad y el desagrado con el que una parte significativa de la población observaría un fuerte aumento del gasto público.

La mayoría de los ciudadanos de los PIIGS considera que sus gobernantes actuales, al igual que sus predecesores inmediatos, no lo están haciendo bien, sino francamente mal. No obstante, parece que no acaban de confiar en los que dirigen las nuevas formaciones políticas o los partidos históricamente considerados como minoritarios. Debido a ello, no han utilizado sus votos, ni han efectuado de forma continuada manifestaciones multitudinarias pacíficas, para impulsar una completa regeneración de la clase política o, al menos, la jubilación anticipada de los principales líderes, de unos dirigentes que han contribuido decisivamente a generar la crisis actual o han demostrado ser incapaces de solucionarla. Ya sea por sumisión, desidia o desconfianza ante la novedad, dan la impresión de que prefieren, tal y como dice el refrán, «lo malo conocido a lo bueno por conocer».

Si bien los dirigentes partidarios de las medidas de austeridad poseen unos objetivos claros y un detallado plan de cómo conseguirlos, no sucede lo mismo con quienes plantean que otra política es posible. Entre los que proponen medidas alternativas a las actuales, casi nadie postula la salida de su país de la UME. La mayoría no se atreve a iniciar un debate público sobre las posibles ventajas e inconvenientes de abandonar el euro como moneda nacional, ni siquiera discute la

actuación (o falta de ella) del BCE en el mercado de divisas ni el peligro que supone para el proyecto de los Estados Unidos de Europa la reducción del presupuesto comunitario para el período 2014-2020. Debido a ello, creo que entre la población existe la impresión general de que las opciones alternativas a las actualmente implementadas son voluntaristas y bienintencionadas, pero escasamente creíbles y elaboradas. Esto último motiva que una gran parte de la ciudadanía no confíe en su viabilidad.

Los habitantes de la Europa del Sur tienen la sensación de que las Administraciones Públicas han utilizado incorrectamente sus recursos presupuestarios durante los años de bonanza y, en el caso de España, también en la etapa inicial de la crisis actual. Un magnífico ejemplo de despilfarro, así como de conjunto de medidas inadecuadas para la reactivación económica, fue el Plan Español para el Impulso de la Economía y el Empleo, popularmente conocido como plan E y desarrollado por Zapatero con escaso éxito durante los años 2009 y 2010.

Dicho plan tuvo un montante de 13.000 millones de euros, dedicados a inversiones tan diversas e improductivas como la remodelación de aceras y cementerios, la construcción de pistas de pádel o la instalación de relojes solares. Estas medidas generaron empleo eventual y contribuyeron a ralentizar temporalmente la caída del PIB. No obstante, no frenaron a medio plazo la reducción de la actividad del sector de la construcción, ni mejoraron la competitividad del país ni ayudaron a la economía española a salir de la crisis. Por tanto, de manera escasamente sorprendente, tuvieron un efecto contrario al deseado.

El plan E, además de incrementar el déficit público, contribuyó decisivamente a propagar entre la comunidad financiera internacional una imagen desfavorable de España; en concreto, la de una nación gobernada por un ejecutivo que intenta maquillar temporalmente los niveles de desempleo y de caída del PIB, pero que no hace frente a ninguno de sus

principales problemas estructurales. Esta percepción provocó un incremento de la desconfianza de los inversores internacionales ante España y contribuyó decisivamente a la subida de la prima de riesgo (la diferencia entre el tipo de interés de la deuda alemana y la española emitida a diez años multiplicada por 100 y expresada en puntos básicos). Este último aspecto conllevó un aumento del coste de financiación de las emisiones realizadas por el Estado, las comunidades autónomas y cualquier empresa privada del país. En definitiva, sus aspectos favorables (escasos) no compensaron los desfavorables (abundantes).

No obstante, es posible que la resignación actual únicamente sea un fenómeno temporal. Cualquier nueva medida o acontecimiento político, aunque inicialmente se prevea de escasa repercusión sobre la población, puede encender la mecha del barril de pólvora que actualmente son los PIIGS. La explosión puede ser silenciosa o ruidosa. El primer caso comportaría la llegada al Gobierno de una formación o coalición de partidos sustancialmente diferente de la que ha dirigido el país durante las últimas dos décadas. De esta manera, la resignación sería sustituida por la ilusión. El segundo conlleva un estallido social (al estilo del ocurrido en Argentina a finales de 2001) que provocaría la dimisión del ejecutivo y conduciría a acontecimientos difícilmente previsibles. Sin duda, uno de los más probables sería el abandono del euro como moneda nacional y el regreso a la anterior divisa.